

por libelo, ganaron el pleito, y, por primera vez en su vida, Poe recibió una suma grande de dinero. Sus editores le entregaron \$ 225, como la parte que le correspondía en los daños.

Poe no sabía lo que era el valor del dinero. Cuando se vió con \$ 225 en el bolsillo se creyó todo un millonario. Sus penalidades y miserias le parecieron que habían ya tenido fin. Ahora se sentía cerca de la realización de sus más caras esperanzas y dorados ensueños. Dejaría de vivir para siempre en casa de huéspedes. Pondría casa propia, rodearía de toda clase de comodidades a su esposa enferma, sacudiría para siempre la enojosa tarea de escribir para los magazines y se dedicaría exclusivamente a sus cuentos misteriosos y a sus versos. Siempre había acariciado la idea de un nuevo magazine, de un magazine de que él habría de ser dueño exclusivo. Y ahora se preparaba a dar forma y realidad a estos proyectos. Un bello día de abril, Poe echó pie a tierra en la estación de Kingsbridge, que entonces quedaba fuera de la ciudad, y se internó en el campo en busca de una casa. Frente a la estación del ferrocarril, descubrió un pequeño huerto de manzanos en el esplendor de sus primeras flores. Poe quedó cautivado por la plácida belleza del lugar. Pronto descubrió un pequeño molino en medio del huerto y un delgado arroyuelo que murmuraba musicalmente a través de este inesperado rincón de vida serena, y que incidentalmente suplía al molino de la necesaria fuerza. El nos refiere en uno de sus cuentos cómo permaneció allí durante horas y horas, perdido en sus meditaciones, contento hasta el fondo de su sér, casi privado de todo deseo. Nunca había soñado él que hubiese tanta belleza cerca de la empolvada y árida New York. De repente recordó el designio que le había llevado. Y echó a andar. Y justamente la primera casita que encontró al paso—colindante con la huerta de manzanos—en el sitio que hoy hace esquina entre la Calle 119 y Kingsbridge Road—ostentaba el llamativo rótulo «Se alquila». Era una casa de un piso, con una habitación grande abajo y un par de cuartos en el piso alto. Las pequeñas ventanas en todos lados permitían abarcar la hermosa vista del río.—El arroyuelo parecía correr bajo las mismas ventanas y la fragancia de las flores de manzano perfumaba el aire.

Poe preguntó el precio de esta casita. Se le dijo que solamente costaba cinco dólares mensuales, y el trato quedó hecho. Parte del dinero restante lo invirtió en la compra de muebles; escribió a su suegra, que vivía en Filadelfia, para que viniese, y pocas semanas después estaban todos instala-

dos en la nueva casa. Virginia, su esposa, era muy joven. El se había casado con ella cuando solo tenía 14 años. Siempre había estado delicada de salud, pero ahora todo parecía sonreírles. Poe tenía ya la casa con que había soñado. Virginia tenía aire fresco y sol, y había dinero bastante para no temerle al futuro, al menos durante unos cuantos meses. El siempre había soñado con una vida retirada. No era el dinero lo que le atraía, sino la independencia. Acosar a los editores y publicistas le era penoso y sólo lo hacía cuando lo obligaba la necesi-

## Hacia la montaña

*Después de oír misa con unción muy grave  
en dominicales días de fortuna,  
con nuestros cestitos llenos de merienda  
¡hacia la montaña!, ¡hacia la montaña!*

*Tocaban a gloria—la gloria del día—  
las campanillitas de la Primavera.  
¡Qué bello es el Cielo, y el Sol, cuando brilla  
tras áridos días sin Sol y sin Cielo!*

*Sobre los molinos se despeña el agua  
que con incesante furia se desata  
y atruena los aires con miles de ruidos;  
después rumorosamente pasa y pasa...*

*Al ardor silvestre, nuestro ardor salvaje,  
al cantar del ave, nuestro ingenuo grito;  
con algo de incienso en los corazones  
¡hacia la montaña!, ¡hacia la montaña!*

*Todo hueco oscuro tiene algún misterio;  
cada escarabajo su grey y su rito,  
y allá en la ladera lejana y bravía  
las flores azules, la piedra, el espino...*

*En la cumbre, el viento sonoro; en la cumbre  
el Cielo más cerca; y el pueblo, allá abajo...  
¿Por qué no vivían los hombres arriba  
en el mundo libre de los montes altos?*

*Al caer la tarde—con nuestros cestitos  
vacíos—, cansados volvemos al pueblo,  
mientras la montaña se puebla de sombras  
que aun en pensamiento nos llenan de miedo.*

MARIANO BRULL

(El Figaro. Habana, octubre de 1919).

dad. Sus biógrafos nos dan un relato asombrosamente minucioso de sus ingresos y gastos mientras vivió en la casita de Fordham. Sus viajes al pueblo eran patéticos. Frecuentes veces tenía que caminar a pie una distancia de 119 manzanas, sólo para volver con los bolsillos vacíos. Mamá Clemm, su suegra, solía esperar su regreso en el espacioso porche de la casita, con la puerta que daba a la sala abierta de par en par, y adentro Virginia, acostada en un sofá; todos esperando ansiosamente las buenas nuevas que el querido «Eddie» había de traer de la ciudad. Muchas veces ocurrió lo de regresar sin nada, con la casa completamente vacía de comestibles, sin ningún paquete en la mano que anunciara alguna golosina; pero siempre había

en sus labios una sonrisa de bondad, y siempre también era acogido por Mrs. Clemm con frases de buen humor, y nunca le faltaban al llegar las demostraciones afectuosas de la dulce Virginia, que siempre tuvo fe en su poeta y marido. ¡Cuántas veces, después de haber esperado todos en vano que regresara con algo para comer, él se sentaba a leerles sus versos y les hablaba de sus esperanzas y sueños y así las entretenía hasta la hora de irse a dormir.

Murió Virginia. Poe tuvo uno de sus más terribles accesos de melancolía y de meditaciones siniestras. Pero siempre se mantuvo activo, lleno de planes para el futuro. La aventura del magazine volvía a llenarle la fantasía. Por fin resolvió salir a hacer una jira de conferencias para conseguir suscritores y fondos para su empresa. En julio de 1849 dejó la casita de Fordham y emprendió el viaje de donde nunca más había de regresar. Murió en Baltimore. El doctor Morton, el médico que le asistió en su última hora, el que le había gestionado el ingreso en el hospital de Baltimore donde expiró, nos dijo que Poe había sido víctima de una fiebre reinante entonces, con carácter epidémico, en los estados del Sur. El mismo doctor Morton nos cuenta, con palabras sencillas y por consiguiente conmovedoras, cómo Poe murió con el nombre de su adorada Virginia en los labios. La historia de su entierro es verdaderamente dolorosa. Una colecta entre los estudiantes de Medicina de Baltimore sirvió para pagarle al carpintero que hizo el tosco ataúd. La señora del doctor Morton cosió el forro del ataúd. El doctor Morton contribuyó con unos pantalones, otro médico con un chaleco, un estudiante con un frac, y así, pieza a pieza, fué vestido por la caridad pública el cadáver del hombre inmenso que bajaba a la tumba.

Inmediatamente después de su muerte, se desencadenó contra su memoria una ola de las más sucias calumnias. Rufus Criswold, su biógrafo, inmortalizó su nombre con las groseras calumnias que acumuló sobre el poeta muerto y todavía hoy los espíritus nobles que se sienten llamados a emitir juicio sobre los genios de América tienen que discutir acerca del número de «tragos» que Poe se bebió durante su vida.

En los comienzos de 1850, Francia, Inglaterra y Alemania colocaron a Poe en el rango de los más grandes escritores del mundo. Una escuela de discípulos e imitadores suyos surgió en París. Baudelaire consagró doce años de su vida a la traducción de las obras de Poe al francés. Swinburne en Inglaterra le consagró las más cálidas ala-